

Revista de Estudios Taurinos
N.º 11, Sevilla, 2000, págs. 247-256

Presentación del n.º 9 de la *Revista de Estudios Taurinos*, Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, patrocinada por la Real Maestranza de Caballería, 1999.

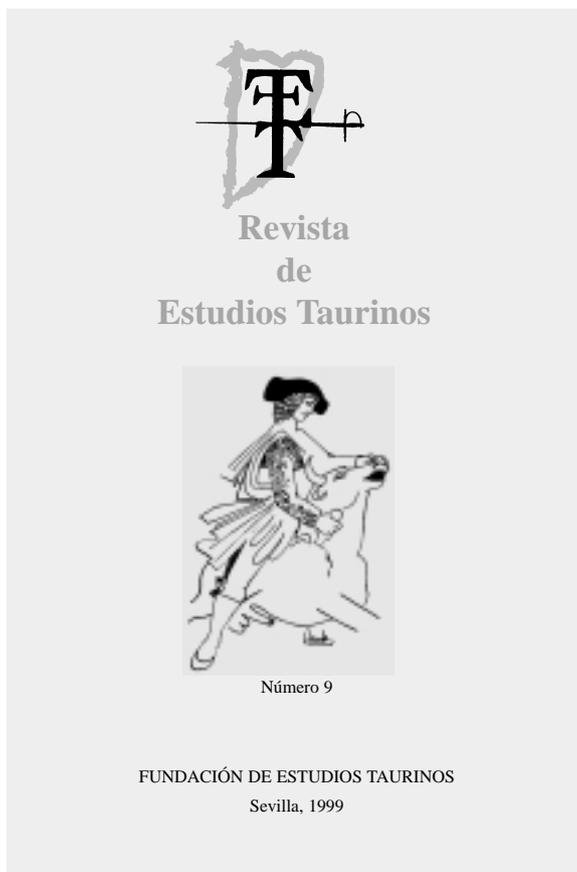


Fig. n.º 18.— Portada del n.º 9 de la *Revista de Estudios Taurinos*.

El 23 de junio de 1999, el Sr. D. Juan Bautista Aparicio, catedrático del departamento de Producción Animal y Etnología de la Facultad de Veterinaria de Córdoba, presentó, a instancias del Patronato de la Fundación de Estudios Taurinos, en un acto presidido por el Excmo. Sr. D. Tulio O'Neill, marqués de Caltójar, teniente de Hermano Mayor de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, el n.º 9 de la *Revista de Estudios Taurinos*, en el salón de actos de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

En recuerdo de aquel acontecimiento la *Fundación de Estudios Taurinos* publica, en las páginas siguientes el contenido del discurso mientras que, el Excmo. Sr. D. Jacobo Cortines, Presidente de la Fundación de Estudios Taurinos, le agradece sinceramente su intervención en ésta, su *Revista*, su intervención.

* * *

Agradezco profundamente la invitación que esta *Fundación* me hace para presentar el número nueve de la *Revista de Estudios Taurinos* y en particular a su director, el Prof. don Pedro Romero de Solís; presentación que yo he aceptado sin más, pensando que se tratarían temas muy directamente relacionados con el toro en un sentido veterinario de la palabra y no en el más amplio sentido del mundo estelar del toro como fenómeno. Y no es que me pese, sino que ahora me siento un tanto cohibido y falto de experiencia bajo el peso de este aula donde tantos conocimientos y enseñanzas se han prodigado, donde tantísimas personalidades han expuesto temas taurinos.

En este número de la *Revista*, la primera parte se dedica como homenaje al gran torero Antonio Ordóñez, escrito bajo los títulos: “Una Ética ... ante Antonio Ordóñez”, por V. Gómez Pin; “Ser torero y hacer de torero”, por A. García-Baquero González, y “Antología de crónicas de corridas lidiadas por Antonio Ordóñez en la Plaza de la Real Maestranza de Sevilla (1952-1969)”, por J. C. Gil González.

Gómez Pin muestra unas vivencias con motivo de un trabajo que preparó en París, para la revista de arte *Buades* y solicitado por su amiga María Vela Zanetti, la que le propuso una suerte de reflexiones en común –como él dice «a la limón»– sobre Antonio Ordóñez, el «maestro», entrevistas que ocuparon muchísimas horas y que fueron publicadas en Madrid en junio-julio de 1987.

Ordóñez padecía entonces una lesión que le impedía torear y como consecuencia de ello pasaba por un «delicadísimo momento psicológico», añorando con volver a torear. Proyecto que no pudo cumplirse exactamente.

El autor relata con detalles los encuentros con el toreo de Ronda, ciudad en donde se había impuesto una confrontación anual en la corrida *goyesca*, que le permitía no arrancarse a la atmósfera marcada por el hálito del toro, pues éste seguía determinando el lazo con los demás, el lazo consigo mismo.

Una serie de hechos confirmaron que, aunque Ordóñez hubiese vuelto a vestir el traje de luces, aparte del terno de *goyesca* en su tierra natal, su aptitud física para torear estaba francamente anulada, hasta el punto lamentable de tener que oír, de los tendidos de la Plaza de Ciudad Real, la sordidez del calificativo de «¡Viejo, viejo!».

¿Por qué, entonces, el retorno al traje de luces?

A este interrogante responde el «maestro» a Gómez Pin diciéndole que «necesitaba tener la vida enredada en torno al toro, y que la “goyesca” parecía cumplir esa misión».

De todas formas algo faltaba. «El toro seguía presente en mi cabeza todo el año, pero sólo durante un mes centraba lo que me rodeaba de la vida cotidiana.. Mi trabajo de torero y la necesidad de hacerlo bien daba sentido a todos mis afectos ...; todo estaba como armonizado».

En la parte del diálogo, que Gómez Pin titula “Una Ética”, muestra el torero sus sentimientos más íntimos y cómo asume la condena de no poder torear, aunque no perdiese la ilusión de poderlo hacer algún día, afirmando que «el toreo es un proyecto y que aún no había toreado su toro».

Ante la pregunta de por qué el toro, responde francamente que no lo sabe: «Al menos no tuve conciencia de querer seguir los pasos de mi padre».

De su niñez, los recuerdos se han esfumado, recordando «sólo el momento en que estoy ante el bicho». Y, obsesivamente, su añoranza a volver a torear le lleva a decir que «mientras no se perfile el día del retorno estoy entre paréntesis, como aquel que dice...».

Estas frases, así como su afirmación de que no tiene actividad ninguna y todas las cosas que hace son de complemento, de relleno, y, al parecer, tan simples, tan sensatas, a preguntas igualmente sensatas, García-Baquero González tiene la impresión de descubrir en la entrevista una grieta, en la siempre sólida coraza de dignidad del «maestro», por donde se traslucía una importante definición de lo que un torero cree *ser*. Y que son respuestas cargadas de significación.

Para el prof. García-Baquero, el maestro estaba aceptando *ser* algo independiente de lo que *hacía*, una especie de adivinanza en la que «entre paréntesis» es una forma de decir que ser torero no depende de la actividad sino de otra cosa; definirse radicalmente como torero, que «es lo que se es», lo demás, simplemente «se hace». Autorreconocerse como torero aunque no toree, lo que se reconocería de manera más intensa precisamente cuando no se torea.

Justificaría la añoranza de Antonio Ordóñez, cuando un torero que «es» torea por serlo. Y concreta García-Baquero «que adoramos ese milagro que se produce cuando torea un torero en el sentido en que acabamos de hablar tan esencial, tan profundo y tan sustancial que le lleva a lo *universal*». Y le conduce a esa situación al «ser torero» de esa forma tan esencial, intensa y definitiva y tan difícil de describir.

Juan Carlos Gil, estudiante de Periodismo en la Facultad de Ciencias de la Educación de Sevilla, que reedita una selección de ocho crónicas sobre las corridas de Antonio Ordóñez en la plaza de esta Real Maestranza –en la que toreó 42 tardes– considera al torero como maestro de la juventud, calificándolo de ingenio inagotable, de estilo sin par, mezcla de lo castizo y lo novísimo y cuyas faenas toreras por sencillez se convierten en suprema elegancia.

En estas crónicas, firmadas unas por D. Fabricio y Gil Gómez Bajuelo y publicadas en *ABC*, y otras por Delavega y publicadas en *El Correo de Andalucía*, el lector más exigente puede ver reflejada la grandeza y arte del toreo de Antonio Ordóñez, el desarrollo pormenorizado de las faenas y, como fondo, los comportamientos y caracteres del toro.

Aunque Juan Carlos Gil nos recuerda que no tenía edad para poder haber visto esas corridas, por lo publicado en su día llega a comprender cuál fue la grandeza de un torero «que desnudó a los cánones clásicos para que fluyera libre la esencia del toreo»¹.

Otros temas fundamentales de la *Revista* que nos ocupa se refieren al castigo que se infringe al toro para que pueda ser lidiado bajo títulos como “¿Cumplen las puyas su misión?”, del que son autores Barona Hemández, Cuesta López y Montero Agüera; “Estudio de las lesiones producidas por la suerte de varas en la Feria de San Isidro de 1998”, que tiene por autores a Fernández Sanz y Villalón González-Camino, y “Una reflexión sobre el futuro de la fiesta de los toros. La depuración de la suerte de varas”, por Martínez Novillo.

El primero de los trabajos se divide en ocho apartados que los autores han considerado conveniente para señalar, distribuir, un tema cuya importancia todos reconocemos. Así, tras un brevísimo recuerdo histórico de esta suerte, pormenorizan los tipos de puyas usados desde el S. XVIII hasta hoy, así como su utilidad, efectividad e inconvenientes de su aplicación, y describiendo hasta nueve modelos, desde la encordelada de limoncillo hasta la actual cilíndrica y con cruceta. Y cabe destacar, como recuerdo, que la del duque de Veragua, de encordelado esférico, tenía forma de naranja, lo que obligaba a picar en el morrillo, pues de lo contrario el *marronazo* era seguro.

El caso más notable es el de la puya de 1905 promovida por los toreros y la Unión General de Criadores de Toros

¹ Federico Arnás cuenta que cuando le preguntaba a su padre «¿Cómo torea Ordóñez?» siempre le respondía «Ordóñez no torea. Él es el toreo».

de Lidia, de encordelado cilíndrico y sin tope, que hubo de desecharse rápidamente pues penetraba sin límites.

El estudio de Barona y otros se hace sobre 46 corridas, de la temporada de 1996-1997, celebradas en Sevilla (24), Madrid (8) y Córdoba (14), sobre un total de 267 toros. Los autores, después de comprobar que la penetración de la puya actual es tres veces superior a la longitud de la misma –8'78 cm de longitud y hasta 30 cm de profundidad– y con, a veces, hasta cinco trayectorias distintas a partir de un mismo punto de penetración, analizan las lesiones ocasionadas y las repercusiones en la funcionalidad, según se trate de puyazos en el morrillo, en la región de la cruz y más o menos caídas, hasta en la paletilla y, finalmente, traseras o dorsales, las de efectos más negativos.

Según este severo análisis, sólo un 7% de puyazos se colocan en el morrillo, el resto se distribuye entre un 40% en la región de la cruz, un 33% traseros, un 20% caídos. Las heridas producidas en el tercio de varas tienen una profundidad media, independientemente de la región, de 24'75 cm. Huelga decir que sólo las situadas en el morrillo cumplen la misión específica de ahormar la cabeza, teniendo en cuenta las lesiones de la musculatura según la zona anatómica². Ortega y Gasset decía que la sangre más bonita es la que mana del morrillo del toro.

En el otro trabajo realizado por los veterinarios de la Unión de Criadores de Toros de Lidia, sobre los toros lidia-

² Poco después de la presentación de la *Revista* se editó la obra de L. Barona y A. Cuesta: *Suerte de varas*, que publicó la Diputación Provincial de Valencia. Ver recensión de Romero de Solís en el n.º 10 de la misma *Revista*, págs. 241-248.

dos en la Feria madrileña de San Isidro de 1998, titulado “Estudio de las lesiones producidas por la suerte de varas”, los autores analizan los efectos de la puya en 91 toros corridos que tuvieron 197 encuentros con el caballo y recibieron 276 puyazos, produciendo a su vez 319 trayectorias distintas con una profundidad media de 17’45 cm por trayecto pero, alcanzando en algunos casos hasta 30 cm de profundidad. Señalan que sólo el 4’71% fueron en el morrillo, el 42% en la cruz, el 34% caídas, etc... Es decir, ambos trabajos se agrupan mutuamente y confirman sus resultados.

Como conclusión, los autores infieren que el quebranto físico que sufren los toros por la puya es insuperable, aunque sin efecto positivo para ahorrar la embestida.

En una reflexión sobre el futuro de las fiestas de toros, Martínez Novillo considera la importancia del juego con el toro, tanto en corridas formales como en capeas, y juzga los diferentes aspectos de la crítica, reconociendo que los toros han dejado de ser, al menos numéricamente, el espectáculo más popular; también que grandes figuras del toreo pueden hacerlo en los pueblos en fiestas, lo que «perturba mucho la calidad de la lidia... y no es más que una caricatura de las corridas en grandes ferias...».

Al referirse a los medios de comunicación, como la televisión, la juzga negativa por dejar en un plano secundario muchas suertes del toreo que no sean las de muleta; como también que la actuación de picadores y banderilleros debe ponerse más de manifiesto. «En este punto –escribe Martínez-Novillo– debemos afirmar rotundamente que la depuración de la suerte de varas es fundamental para el

porvenir de la fiesta». Y no le importa manifestar una clara censura a la actual suerte de picar, pues «lo que en origen era una prueba de bravura del toro... y para fijarlo con vistas a la faena de muleta, se ha convertido en una práctica traumática y sangrienta en la que el toro pierde una parte decisiva de su integridad». Como también que ejecutando correctamente sus normas este espectáculo podría, además de hermoso, incluso resultar en cierto modo pedagógico.

Convendría, en este momento, citar al prof. García-Añoveros, que en la presentación del n.º 8 señalaba cómo ven la corrida las propias cámaras televisivas que nunca son inocentes, ni delante de una corrida ni delante de nada; las cámaras introducen una manipulación que hace que lo que se ve sea otra cosa distinta de lo que observa el espectador en la plaza. Sin embargo, pienso que, ante determinadas manipulaciones fraudulentas sobre el toro, las tomas de las cámaras podrían ser un documento riguroso.

En la sección IV, en Exposiciones, destacan de las referidas la de “José Elbo y la pintura romántica”, comisariada por A. Moreno y B. Torres y expuesta en el Museo Romántico de Madrid. Este pintor se caracteriza por reflejar un costumbrismo anecdótico y sentimental. Begoña Torres destaca de Elbo la pintura de temas taurinos como *El Garrochista*, *El encierro de los toros*, *El torero*, etc.

M.^a Dolores Agustí, por su parte, preparó, para el Centro Cultural del Conde Duque de Madrid, una gran exposición sobre Roberto Domingo, destacando que Roberto pintó toros aun antes de haber visto ninguna corrida. Obras como *Saltando la barrera*, *Suerte de varas*, *Un toro de bandera*,

Picador en peligro... son una muestra del buen hacer de este pintor expresivo y colorista.

Entre las reseñas a las que se dedica la Sección V de la *Revista* destacamos, *Plazas de toros en Castilla y León*, de Francisco Tuduri, obra enormemente interesante.

Como se comprobará en su lectura, este número de la *Revista de Estudios Taurinos*, que patrocina la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, no puede ser más rico en el temario, que satisface, creo yo, muchas exigencias y viene a demostrar, una vez más, las altas miras de esta gran Institución.

Nuestra felicitación a la dirección de la *Revista*, siendo deseable que el éxito y rigor de esta publicación se continúe en el tiempo pues el mundo del toro bien lo necesita.

Juan Bautista Aparicio
Universidad de Córdoba

